

HIPOTESIS SOBRE RELACIONES ENTRE MESOAMERICA Y EL AREA ANDINA SEPTENTRIONAL

por Miguel Rivera Dorado

El Area Andina Septentrional comprende el sur de Colombia, Ecuador y norte del Perú. En esta amplia extensión geográfica (mapa 1) nacieron y evolucionaron una serie de manifestaciones culturales prehispánicas que alcanzaron un nivel máximo de desarrollo equivalente a organizaciones socio-políticas tribales con aparición de «señoríos» (*chiefdoms*), especializados a veces en la producción y distribución de determinados bienes.

Si aceptamos la clasificación de Service (1962), citada por Sanders y Price (1968), debemos asumir, a partir de los datos arqueológicos con que contamos en la actualidad, la ausencia en esta zona de formas políticas superiores, estados centralizados, quedando como elemento mayor de definición los escasos centros ceremoniales o conjuntos de edificaciones públicas generalmente incluidas en asentamientos habitacionales, que responden a una especialización funcional en segmentos del cuerpo social y a un sistema jerárquico en el cual

las variaciones de rango pueden ser una técnica primaria de integración.

Este es un primer criterio, a nivel interpretativo, para distinguir el Area Andina Septentrional de la Central y de Mesoamérica. Parecido grado de desarrollo fue alcanzado por algunos grupos colombianos y centroamericanos.

Generalmente se reconocen para esta zona los siguientes períodos: Precerámico, Formativo, Desarrollo Regional e Integración. Las realizaciones culturales de los dos últimos, que cubren los dos mil años anteriores a la llegada de los españoles, no son cualitativamente muy disímiles: se trata de sociedades agrícolas bien establecidas, con niveles tecnológicos análogos, cuya inclusión en uno u otro período depende de la cronología y refleja la interacción regional y la expansión de ciertos elementos de escasa significación.

Como es evidente, y a pesar de las observaciones anteriores, el peso en los ecosistemas respectivos de factores ambientales derivados de un medio serrano y de otro de bosque tropical lluvioso o subdesértico, impone unas limitaciones a la generalización y un abanico de posibilidades locales o regionales de adaptación que se refleja en los patrones económicos y socio-religiosos, y en la configuración de la cultura material como un todo.

En este sentido entendemos que la interdependencia entre las culturas del área se establece en virtud de pautas ambientales, dando relativa uniformidad a medios análogos, y originando en algunos momentos relaciones comerciales complementarias de cierta entidad, sin llegar seguramente, como pudo suceder en el Perú, a integraciones supralocales basadas en el control de los diversos pisos ecológicos.

Hay que resaltar todavía la fuerte continuidad de los desarrollos culturales ecuatorianos, que muestran globalmente desde el Formativo un panorama evolutivo coherente, en el que muchas de las propuestas «culturas» o «fases» deben ser consideradas como segmentos —a veces cortos sincrónicos— de procesos de adaptación particulares.

Sobre este esquema inciden elementos de origen alóctono, cuyo foco primario puede situarse en alguna zona de Mesoamérica. Si contrastamos los contextos andinos en que

tales rasgos hacen su aparición con las culturas mesoamericanas supuestamente difusoras, podemos constatar:

- 1.—No hay pruebas hasta ahora de que se difundan complejos significativos de elementos asociados funcionalmente, y sí rasgos aislados.
- 2.—Muchos de estos rasgos llegan al área por lo menos formalmente alterados.
- 3.—No se han encontrado estos elementos con la misma frecuencia y características en las regiones intermedias de Colombia y el istmo centroamericano.
- 4.—No parece fácil admitir la identidad en cuanto al significado y utilización de los rasgos más complejos en las sociedades difusora y receptora.
- 5.—No puede descartarse la llegada de determinados elementos al Area Andina según un fenómeno de difusión secundaria desde centros intermedios o marginales, en donde habrían sufrido ya un proceso adaptativo y los cambios inherentes al mismo.
- 6.—Los contactos no parecen recíprocos, y sería muy difícil señalar en Mesoamérica algún rasgo de origen incuestionablemente andino, con la excepción probable de algunas cerámicas formativas, ciertas plantas, y la llegada muy tardía del metal a través de otros grupos.
- 7.—El hecho de que la mayor frecuencia de rasgos mesoamericanos ocurra en la costa ecuatoriana parece abonar la sugerencia de una difusión por vía marítima.
- 8.—Aunque los contactos se escalonan cronológicamente desde las primeras sociedades con cerámica, y pueden llegar hasta pocos años antes del descubrimiento de América, *no parece que se los pueda calificar de regulares*. Más bien hay que suponer la llegada esporádica de algunos navegantes portadores de manera parcial de una cultura vagamente mesoamericana, que sufre además fuertes transformaciones en cuanto se afina en territorio andino.
- 9.—No puede descartarse la posibilidad de una cierta forma de aculturación como resultado de la propia na-

turalidad de algunos de los rasgos difundidos o de las características de su implantación.

Si añadimos además el estudio de los vientos y corrientes en el Pacífico Medio, cerca de la costa americana, y el del hábitat respectivo en ambas áreas, en el sentido de una alternativa de selección en cuanto a los lugares «preferidos» como asentamiento por los supuestos viajeros, tendremos los datos suficientes como para aventurar una hipótesis sobre el foco y la naturaleza de las relaciones.

Trataremos el problema en conjunto, a partir de las manifestaciones culturales de la costa norte ecuatoriana y sur de Colombia, y de las que conocemos en una zona de la costa occidental de Guatemala, lugar que presentamos en nuestra hipótesis como probable foco real difusor y aculturador (mapa 2).

Desde principios de este siglo han sido postuladas relaciones entre Mesoamérica y la costa norte de Ecuador (1). Se establecieron sobre todo en base a semejanzas estilísticas, empleo de determinadas técnicas o presencia de algún elemento aislado estudiado según criterios comparativos formales (Saville, 1909; Uhle, 1923; Jijón y Caamaño, 1930; etc.), pero pocas veces se trataron aspectos como la naturaleza cultural de sitios como La Tolita, en Ecuador, y Tumaco, en Colombia, y la relación existente entre estos yacimientos y los de su entorno geográfico.

Debido a la falta de excavaciones sistemáticas y científicamente dirigidas, y a que todavía no se han publicado las realizadas muy recientemente, tenemos un conocimiento parcial e inexacto del importante lugar arqueológico llamado La Tolita, a pesar de que la bibliografía sobre sus materiales es relativamente abundante (Ferdon, 1940; 1941 y 1945; D'Harcourt, 1942 y 1947; etcétera). La gran mayoría de los datos disponibles tienen su origen en algunas piezas sueltas, seleccionadas o encontradas en búsquedas incontroladas, y en colecciones privadas y de museos, a donde suelen llegar de

(1) Algunos párrafos que siguen forman parte de la comunicación presentada por el autor al I Simposio sobre Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano, celebrado en Salinas (Ecuador), en julio de 1971 (Rivera, ms.).

manera intermitente debido al activo tráfico de los saqueadores y comerciantes de antigüedades, que explotan desde hace muchos años el famoso yacimiento de las costa esmeraldeña. Como es lógico, la falta de asociaciones «in situ», el desconocimiento del contexto general, de la estratigrafía y de la cronología absoluta y relativa, reduce esta faceta de nuestra hipótesis a un camino para la investigación que, pensamos, puede ser fructífero en el futuro.

En cuanto al tipo de asentamiento, la abundancia de monículos arqueológicos y su distribución hacen pensar que La Tolita debió ser, además de un lugar de habitación y producción artesanal, un centro ceremonial de especial importancia (Meggers, 1966, 117), si bien el lugar de ocupación no parece obedecer a una planificación ni se tienen noticias de estructuras públicas. Demográficamente puede afirmarse que, ante la abundancia y variedad de restos culturales, el sitio debió estar ocupado por una población de mediano tamaño y durante un tiempo suficientemente prolongado. Los medios de subsistencia de la población de La Tolita pueden sugerirse en virtud de las potencialidades del medio ambiente, de las tradiciones económicas de la región, de la extensión de su influencia estilística y de la distribución general de los rasgos que la distinguen culturalmente. No es aventurado suponer que el comercio debió ocupar un papel predominante en su economía, siendo la base de subsistencia agrícola, pesquera y recolectora, en gran parte resuelta quizá precisamente gracias a los mecanismos de intercambio.

De la cultura material de La Tolita, y afirmando de nuevo lo parcial de nuestros elementos de juicio, parece que puede asegurarse el carácter marcadamente religioso y ritual de muchos de los objetos que poseemos. Es posible que las manufacturas se debieran en parte a los intereses del comercio, además de las necesidades ceremoniales de los propios habitantes del sitio, y también a la necesidad de determinados símbolos de estatus, que pueden obedecer a un patrón diferenciador propio de sistemas sociales relativamente complejos y/o a la interacción jerárquica con los grupos de su entorno.

Sobre la cronología, aunque imprecisa, diferentes autores señalan el apogeo del sitio en el período de Desarrollo Re-

gional, correspondiente en líneas generales con el Protoclásico y Clásico Antiguo y Medio de Mesoamérica. En esta época hay que situar también parte de los hallazgos realizados por un equipo de la Universidad de Madrid en yacimientos cercanos a la ciudad de Esmeraldas, durante las excavaciones llevadas a cabo en 1971 (Alcina y Rivera, 1971), y que presentan claras relaciones en algunos elementos con La Tolita.

Entre los rasgos identificados en la costa de Esmeraldas hay vasos polípodos de variada tipología y buena factura con patas mamiformes y con sonajas, figuritas y placas representando ritos o escenas simbólicas y míticas, jaguares, murciélagos y otros animales con caracteres antropomorfos, incensarios con protuberancias superiores, representación de guerreros, máscaras de cerámica, etcétera. El origen de muchos de ellos ha sido colocado en Mesoamérica de manera un tanto indiscriminada, debido a la superficialidad de muchos trabajos y también a la ausencia de secuencias y contextos locales claramente definidos en amplias zonas de la costa pacífica de México, Guatemala, El Salvador y otros territorios centroamericanos. Lo que parece absolutamente seguro es la «introducción de series de elementos no suramericanos en contextos locales ecuatorianos» (Evans y Meggers, 1966, 256).

Como es evidente, presentar en un mismo nivel de analogía las figuritas acostadas (Lehmann, 1951) de La Tolita y el Valle de México, y los incensarios con tres prominencias superiores de La Tolita, Guatemala y El Salvador (Borhegyi, 1959 y 1960), al igual que las figuras de murciélagojaguar de La Tolita y de Monte Albán (Evans y Meggers, 1966, 256), no conduce en principio más que a suponer esporádicos contactos y curiosas semejanzas, durante largos períodos de tiempo, entre Esmeraldas y lugares muy diversos y distantes del área mesoamericana, pero no establece el sentido ni la naturaleza de esas posibles relaciones, ni define el grado de transculturación.

Después de un primer reconocimiento de yacimientos arqueológicos y de materiales publicados y colecciones de museo, tomando en cuenta los factores ambientales y las posibilidades

de navegación, planteamos una hipótesis según la cual la costa del Pacífico de Guatemala, y algunas zonas conectadas del interior, fueron el lugar probable desde el que partieron hacia Esmeraldas y otras regiones ecuatorianas muchos de los rasgos a que hemos aludido.

Una de nuestras primeras motivaciones para señalar esta zona como foco último de donde parte la difusión norte-sur fue la convicción de que era necesario encontrar un lugar de convergencia de la gran mayoría de elementos culturales difundidos, que aparecían diseminados por toda Mesoamérica, a veces en lugares desde donde parecía imposible la relación directa con Suramérica. Partimos entonces de un concepto operativo como el de focos múltiples, que está basado en la evidencia de fuertes interacciones a nivel regional o sobre unidades espaciales mayores. Es decir, creemos que gran parte del fenómeno se debió y tuvo como origen un centro focal secundario al que habían llegado elementos desde lugares diferentes y en donde habían sufrido ya un primer proceso de asimilación. La región que señalamos une a las pruebas arqueológicas, y en cierto modo es causa de ellas, su posición geográfica como lugar de paso y llegada de migraciones e influencias, y su ecología privilegiada; todo ello acentúa la receptividad y explica una eclosión cultural a la que sigue una expansión traducida en este caso en difusión a larga distancia.

El altiplano guatemalteco y la costa del Pacífico, muy poco explorada hasta el presente, fueron receptores de múltiples influencias llegadas desde el altiplano mexicano, el Estado de Veracruz, y en general la costa del Golfo de México, la zona Maya central y el resto de Centroamérica. Los «yugos» y las «hachas» de Santa Lucía Cotzumalhuapa ejemplifican la influencia veracruzana; los hallazgos de Monte Alto y La Democracia prueban un sustrato olmecoide, inicio quizás de la importancia de determinados diseños y representaciones felínicas posteriores, desde donde pudieron llegar a la cerámica esmeraldeña, como las poco conocidas figuritas de La Gomera; los propulsores, las figuritas con miembros móviles, y otros muchos rasgos del altiplano de México, pudieron llegar a Guatemala con los teotihuacanos y toltecas; los incensarios con prominencias superiores y las urnas funerarias

son propiamente guatemaltecos, y aparecen temprano en la evolución cultural de las Tierras Altas. Recientes investigaciones en la finca Bilbao (Escuintla), por ejemplo, señalan la antigüedad de las conexiones de esta zona de la vertiente pacífica con la costa del Golfo, remontándose a las fases Las Charcas y Majadas de Kaminaljuyú, y se ha señalado la presencia en Izapa de alfarería tipo Tres Zapotes Negro Inciso, perteneciente a la fase Conchas 2 de Coe y Flannery (1967), es decir después del 500 antes de nuestra era. Estas relaciones se intensifican de nuevo en la fase Laguneta, en la cual, como en la San Francisco de Thompson (1948), hay también tuestos del tipo Dos Arroyos policromo (Tzakol) del Petén, presente a su vez en Metepec en el Valle de México; y en la fase Santa Lucía de Bilbao, correspondiente con Laguneta a Esperanza, Amatle y Pamplona (Parsons, 1966). De Las Charcas, al igual que de Chipoc, en Alta Verapaz, tenemos máscaras en cerámica muy parecidas en concepto y ejecución a las de La Tolita, y, a su vez, a las de Cerro de Las Mesas, en Veracruz (Evans y Meggers, 1966, 252).

En cuanto a las relaciones del altiplano guatemalteco con el resto del istmo centroamericano, señalaremos las vasijas polípodas de Zacualpa, que indican contactos con Costa Rica (Wauchope, 1946), como los debió haber desde la fase Chombo de la Península de Santa Elena o la fase Monte Fresco de la región de Guanacaste. También puede señalarse desde antiguo la presencia de cerámica Usulután, que, a la vez, llega por vía comercial a gran parte de Mesoamérica meridional. De la fase San Juan del Pacífico conocemos las relaciones entre el Petén (Tepet), los sitios sureños del Area Maya, y Tehuacán (Venta Salada), a través en parte del activo comercio realizado con la alfarería San Juan Plumbate (Mac Neish, 1970, 283). A fines del Postclásico aparecen también en la costa del Pacífico fragmentos policromos de Cholula e incensarios mixtecos, como los que se encuentran en la fase Yaqui de Zacualpa y en Chinautla en el altiplano.

Podemos pensar, por tanto, que gentes en escaso número, de filiación mexicana, en sentido amplio, o maya-mexicana se hayan instalado en La Tolita y otros puntos del Area Andina Septentrional, quedando la duda de si mantuvieron después

esporádicas relaciones con sus lugares de origen, integrándose en las comunidades establecidas allí y que tenían por lo general un nivel cultural muy inferior. No creemos en una colonización planeada, pero puede sugerirse en principio la llegada fortuita de algunos navegantes, aunque parece que el camino fue más tarde seguido repetidas veces. Hacemos notar con Borhegyi (1959, 148) que cuando Alvarado salió de Iztapa para unirse a Pizarro en el Perú, llegó en primer lugar a Bahía de Caráquez, punto cercano a Esmeraldas, e indició quizás de una ruta antigua que sobrevivía en la mente de los indígenas, ya que el español llevó con él al parecer guías indios guatemaltecos. Por otra parte nadie pone hoy en duda las posibilidades como navegantes de los maya-mexicanos y de los ecuatorianos prehistóricos.

Para abordar esta problemática, nuestra metodología va a estar basada en lo que llamamos *esquemas de difusión-aculturación*, es decir, el cuadro total de relaciones a distintos niveles entre los diferentes segmentos en que dividimos la cultura con fines de análisis. El esquema se construye como hipótesis teórica de acuerdo con las características específicas del foco, y se trata luego de comprobar en la cultura supuestamente receptora. Las variaciones anotadas a lo largo de esta comprobación se explican con un reajuste del esquema o bien como nuevas hipótesis causales, pretendidamente implícitas en los procesos de adaptación. Es obvio que el esquema parte de observaciones empíricas y datos suministrados por el registro arqueológico (medio ambiente, cultura material, asociaciones e inferencias), y que el reajuste debe seguir presentando una unidad coherente de acuerdo con esa realidad. Cuando el esquema, original o reajustado, evidencia el fenómeno de la difusión y explica los procesos inherentes, le denominamos *esquema eficiente*, y cuando las variables se mueven en un margen demasiado amplio como para constituir ecuaciones probatorias, le llamamos *esquema deficiente*.

En última instancia, la validez inicial del esquema, y la misma posibilidad de su construcción, está en proporción directa con la cantidad de datos disponibles y con las circunstancias en que han sido obtenidos. De todas maneras, en aquellos casos en que el registro arqueológico no parece bastante am-

plio, o cuando algunos elementos no presentan las necesarias seguridades científicas respecto a las condiciones del hallazgo, puede soslayarse parcialmente el problema concediendo mayor importancia a los segmentos básicos, buscando en todo momento los aspectos «determinantes» en sentido negativo. Es decir, si no podemos conocer algún aspecto de la configuración socio-cultural, sí podemos suponer cuáles no pudieron darse según las características fundamentales observadas. También tendremos en cuenta que las posibilidades funcionales de un rasgo son mayores en una estructura social más compleja, y que este hecho puede condicionar su asimilación en grupos de organización más simple. Por eso, y justamente en el caso posible de difusión-aculturación que planteamos en el presente trabajo, hay que enfatizar el estudio de los niveles ecológicos, y los supuestos metodológicos partirán de inferencias en torno al sistema de subsistencia y sus relaciones directas con la organización socio-política y las manifestaciones religiosas.

En un nivel último colocamos las semejanzas de tipo formal en aquellos rasgos de la cultura material que presenten la suficiente complejidad funcional o estilística, como para suponer la imposibilidad de una invención independiente. Únicamente con la condición de que los niveles básicos del esquema se evalúen como positivos a efectos de comparación, puede continuarse su construcción, lo que equivale a decir que admitimos una jerarquización probatoria de los datos bajo análisis, cuyo último peldaño estaría ocupado por las semejanzas puramente estilísticas. Aunque concebimos el esquema de difusión-aculturación como un conjunto de segmentos interactuantes, no consideramos recíprocos algunos efectos, que solamente serán, a nuestro juicio, los epígonos de una cadena de relaciones causales, de tipo lineal o unidireccionales al menos en esta última parte.

Gráficamente, un esquema de esta naturaleza, tal como aquí lo hemos anunciado, podría tomar la siguiente forma como modelo teórico previo al estudio de las características de la cultura difusora, en orden a lograr un control sistemático en la comparación, y planteando su elaboración en los niveles descriptivo, analítico e interpretativo:

| | | |
|------------------------|---------------------|--|
| Comparación controlada | Niveles básicos | I. Ecología (Ecosistemas y ecotipos). |
| | | II. Economía (Subsistencia, relaciones económicas). |
| | | III. Organización social y política (Patrón de asentamiento, estructura social). |
| | | IV. Creencia (Actividad religiosa, costumbres funerarias, modificaciones somáticas, etc.). |
| | Niveles secundarios | V. Desarrollo tecnológico. |
| | | VI. Cultura material (Tipología y estilística). |

Como vemos, resulta un cuadro-guía que nos ayuda a comprobar una hipótesis desde el primer momento de la investigación. Precisamente por su carácter de *test*, no consideramos su forma definitiva, ni la validez relativa del esquema, hasta que por lo menos hayamos cubierto las primeras etapas comprobatorias en el foco. Tampoco se incluyen aquí las interrelaciones previstas entre los diferentes niveles y segmentos de la cultura.

Por último, un factor adicional será la ordenación cronológica. Hemos dispuesto dos estudios independientes de correlaciones en ambas áreas, con el objetivo doble de discernir las configuraciones culturales de origen «autóctono» —como medio de establecer el carácter de la dinámica evolutiva y la incidencia de la difusión en el ritmo de cambio— de aquellas que son resultado de estímulos externos; y, por otra parte, para señalar con la mayor precisión posible la cronología relativa para cada elemento o complejo de rasgos. La ordenación seriada de tales complejos es un instrumento que facilita la comparación en términos del esquema, aunque nunca será una prueba en sí misma.

En resumen, nuestra hipótesis es que, desde antes del Clásico mesoamericano, gentes de la costa del Pacífico de Guatemala y probablemente de las regiones vecinas pudieron llegar por vía marítima hasta diversos puntos del Área Andina Septentrional, especialmente a la costa norte del Ecuador y sur de Colombia, siendo portadores de una parte de la ergo-

logía originada a través de un proceso múltiple de interacción e integración regional. Algunos rasgos no se adaptaron en absoluto a las nuevas condiciones socio-culturales y ambientales, otros persistieron después de las consiguientes adaptaciones. Desde los centros influenciados por esta cultura de tradición mesoamericana, irradiarían a su vez otros influjos dirigidos a grupos de desarrollo más localizado, como los de la sierra o la cuenca del Guayas, también en Ecuador, e incluso algunos del norte del Perú, todo ello seguramente a partir de un comercio bien organizado.

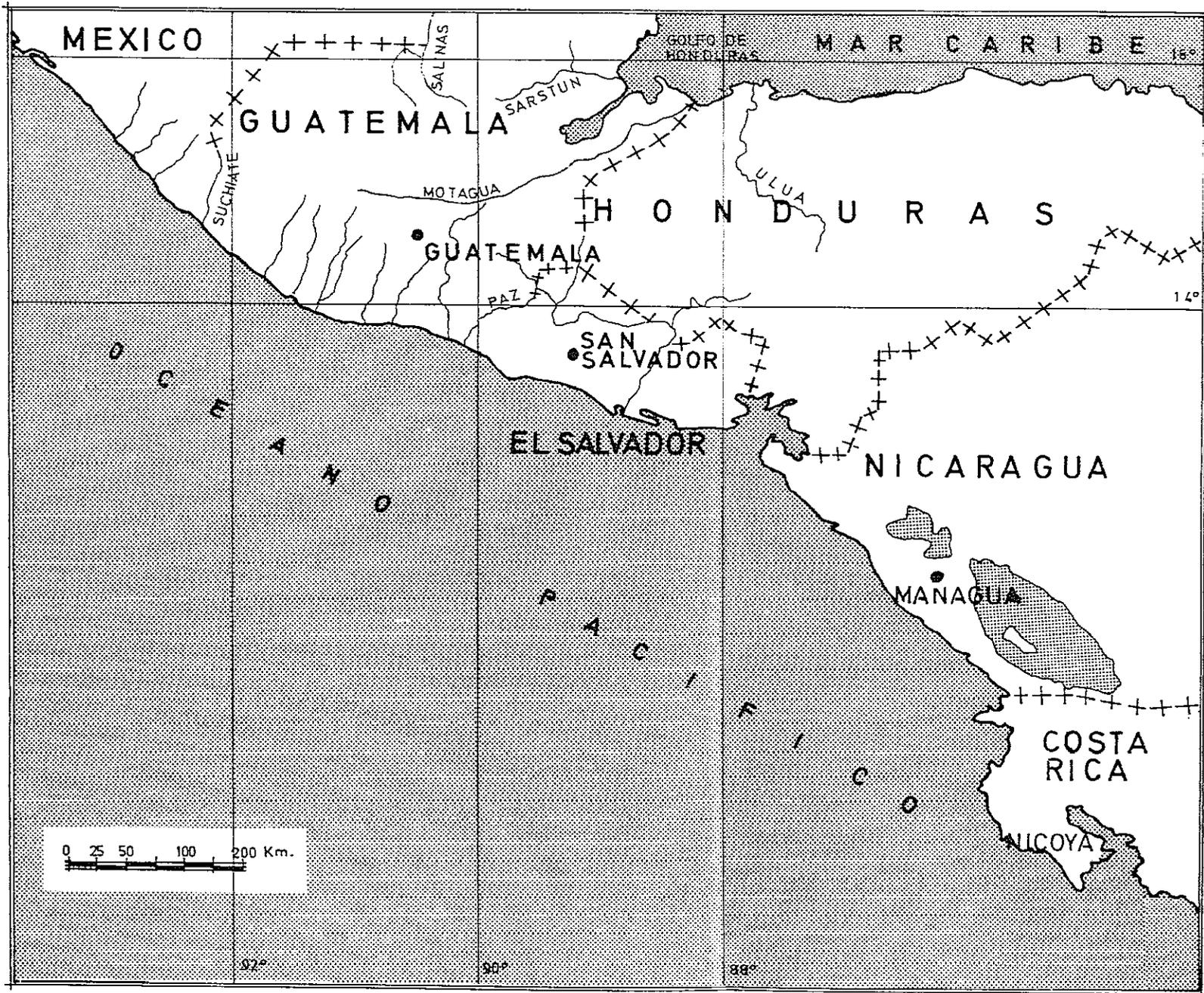
La metodología que emplearemos en la comprobación posterior de esta hipótesis tratará de buscar nuevas posibilidades para el estudio de la difusión y aculturación a larga distancia.

BIBLIOGRAFIA

- Alcina Franch, José y Miguel Rivera Dorado.
 1971 «Exploraciones arqueológicas en la costa de Esmeraldas (Ecuador)». *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. 6, páginas 125-142. Madrid.
- Borhegyi, Stephan F. de
 1959 «Pre-Columbian cultural connections between Mesoamerica and Ecuador». *Middle American Research Records*. Vol. II, número 7. New Orleans.
 1960 «Pre-Columbian cultural connections between Mesoamerica and Ecuador: Addenda». *Middle American Research Records*. Volumen II, núm. 7. New Orleans.
- Coe, Michael D. y Flannery, Kent V.
 1967 *Early Cultures and Human Ecology of South Coastal Guatemala*. Smithsonian Institution. Washington.
- D'Harcourt, Raoul.
 1942 «Archéologie de la Province d'Esmeraldas. Equateur». *Journal de la Société des Americanistes*, Vol. 34. Paris.
 1947 «Archéologie de la Province d'Esmeraldas. Equateur». *Journal de la Société des Americanistes*. Vol. 35. Paris.
- Evans, Clifford y Meggers, Betty J.
 1966 «Relationships between Mesoamerica and Ecuador». *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 4. Austin.
- Ferdon, E. N.
 1940 «Reconnaissance in Esmeraldas». *El Palacio*, 47 (12). Santa Fe.
 1941 «Reconnaissance in Esmeraldas». *El Palacio*, 48 (1). Santa Fe.
 1945 «Characteristic figurines from Esmeraldas». *El Palacio*, 52 (11). Santa Fe.

- Jijón y Caamaño, Jacinto.
1930 «Una gran marca cultural en el Noroeste de Sudamérica». *Journal de la Société des Americanistes*. Vol. 22. París.
- Lehmann, Henri.
1951 «Le personnage couché sur le dos: sujet commun dans l'archéologie du Mexique et de l'Equateur.» *XXIX Congreso Internacional de Americanistas*. I. Chicago.
- Mac Neish, Richard S.
1970 *The Prehistory of the Tehuacan Valley*. Vol. 3. Austin.
- Meggers, Betty J.
1966 *Ecuador*. Thames and Hudson. Londres.
- Parsons, Lee A.
1966 *Bilbao*. Milwaukee Public Museum. Milwaukee.
- Rivera, Miguel.
ms. «Algunos rasgos mesoamericanos en la costa de Esmeraldas (Ecuador)». I Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericanas. Salinas (1971).
- Sanders, William T. y Bárbara J. Price.
1968 *Mesoamérica: The Evolution of a Civilization*. Random House. New York.
- Seville, Marshall H.
1910 «Archaeological researches on the coast of Esmeraldas. Ecuador». *XVI Congreso Internacional de Americanistas*, II. Viena.
- Service, Elman R.
1962 *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective*. Random House. New York.
- Thompson, J. Eric S.
1948 *An archaeological reconnaissance in the Cotzumalhuapa región. Escuintla. Guatemala*. Carnegie Institution, Pub. 574. Washington.
- Uhlc, Max.
1923 «Civilizaciones mayoides de la costa pacífica de Sudamérica». *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, VI. Quito.
- Wauchope, Robert.
1946 *Excavations at Zacualpa*. University of Tulane. New Orleans.

*Departamento de Antropología y Etnología de América.
Universidad Complutense de Madrid.*



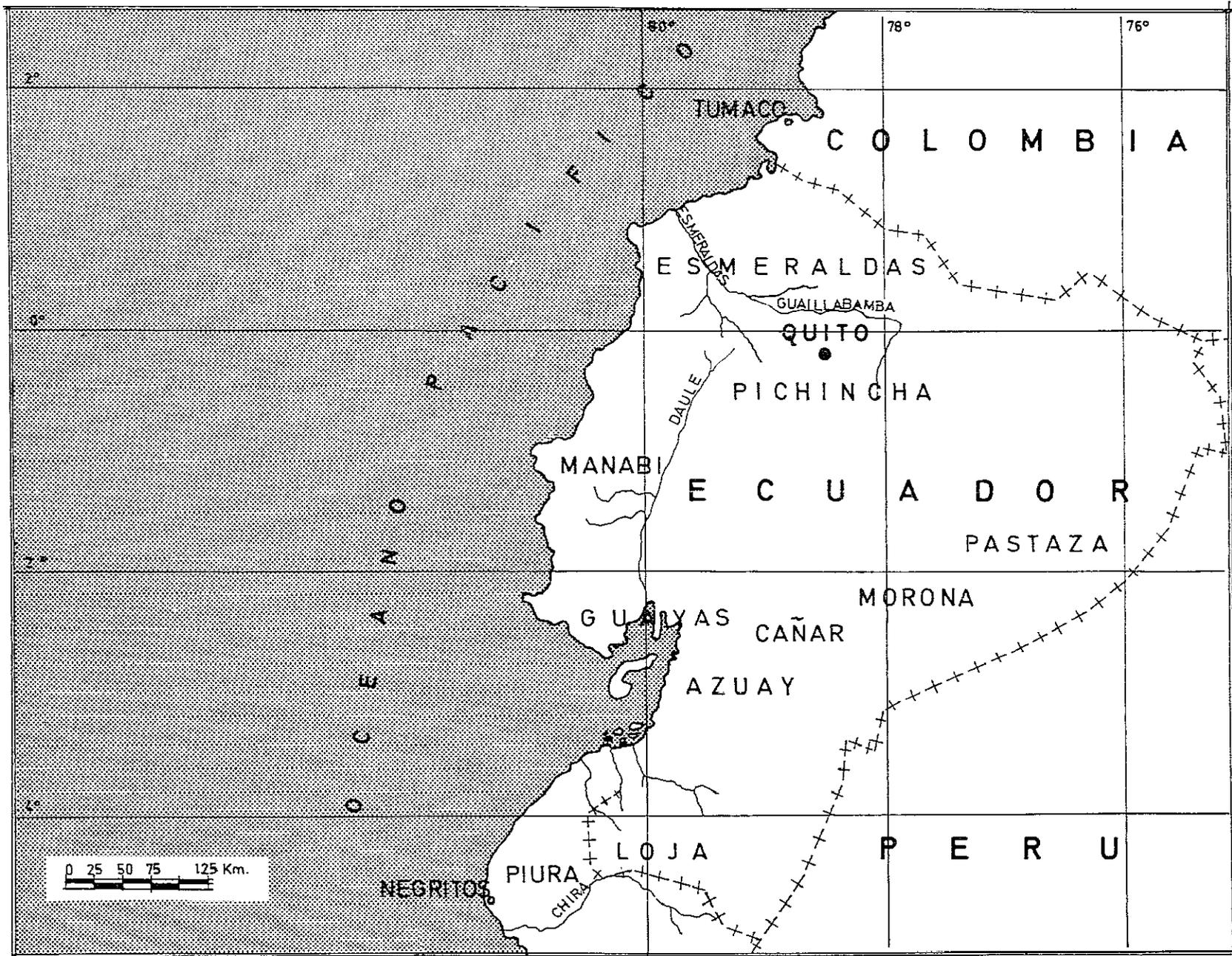


Fig. 2